

EL PADRE

I

Se ha afirmado que lo que un padre dice a sus hijos no lo oye el mundo, pero puede ser oído por la posteridad. En el caso de Carlos J. Finlay, el biógrafo que pretenda desentrañar la formación del sabio y la culminación de su obra o el historiador que ha de trazar la trayectoria del descubrimiento científico de Finlay, no pueden dejar de escuchar y recoger la voz paterna de Eduardo Finlay y de percibir el constante y bienhechor influjo de la mano que guió al niño desde la cuna y le dió medios, ejemplos, alientos y enseñanzas objetivas, hasta que el joven médico emprende, con paso firme, su marcha hacia el triunfo, hacia la gloria.

El padre de Finlay vino a América en pos de aventuras y en aras de la libertad de nuestros pueblos oprimidos. Se llamaba Eduardo Finlay y Wilson. La familia era inglesa y en ella se rendía culto y homenaje al don más preciado del hombre, la libertad. Un hermano de Eduardo, el primogénito, recibió el nombre de Washington, en honor de quien fuera “el primero en la paz, el primero en la guerra y el primero en el corazón de sus conciudadanos”. Como tal conciudadano se consideraba el abuelo de Finlay, a pesar de ser buen inglés y de residir en la Gran Bretaña, de cuyos dominios fueran segregadas las trece colonias por el brazo, el corazón y el genio de Washington. Se emanciparon para ser libres, y éste es un derecho que reconoce a plenitud el viejo Finlay. Al dar a un hijo suyo el nombre del primer presidente de los Estados Unidos, busca en la presencia eufónica de un nombre, la ejemplaridad invocadora de aquella concreción magnífica de dignidad humana, de honestidad, de sencillez en su grandeza, de fraternidad y veracidad. El brazo que levantara la antorcha de la libertad en el Nuevo Mundo, y cuyas chispas hubieron de inflamar después el alma de Francia, tenía que corresponder a un arquetipo humano: George Washington.

Por cuanto ese nombre simboliza en función de libertad y de virtudes ciudadanas y morales, el abuelo de Carlos J. Finlay lo escogió —como una advocación— para el primogénito de sus hijos. He ahí un punto de partida, la base de constitución de esta familia. La evaluación de los hechos de aquel gran americano

creo que le será beneficiosa al hijo inglés, andando el tiempo, para emularlo y situarse provechosamente en la vida, para sí mismo y para los demás.

No es pues de extrañar que con tal base de formación familiar, donde el sentido de libertad se hace consustancial para todos, un hermano de Washington Finlay —Eduardo— se impresione profundamente ante la personalidad y los hechos de Simón Bolívar, aquel joven venezolano, de ardoroso corazón, rico, mimado por la vida y la fortuna, y que un día, en el monte Aventino de Roma, jura sacrificarlo todo y no dar descanso a su brazo ni reposo a su alma hasta haber roto las cadenas que oprimían a su patria.

En una de las expediciones que partieron de Inglaterra, para ayudar a Bolívar en su empresa libertadora, se embarcó hacia América Eduardo Finlay. Y es entonces cuando el destino entrecruza sus hilos misteriosos y desvía la trayectoria de la vida del futuro padre de Carlos Juan. Un naufragio lo arroja en la Isla de Trinidad. Ahora quedará retenido en el embrujo tropical del Mar Caribe, y pasará después a la “perla” de esas Antillas para dar a Cuba y al mundo la gloria de un hijo ilustre: Carlos Juan Finlay.

El destino del padre de tal hijo no estaba en el paso portentoso de los Andes, con las huestes de Bolívar, ni en Boyacá ni en Carabobo. Su destino lo impulsaba hacia otra grande empresa: forjar y templar el alma de su hijo y cuidar de la formación cultural que habrá de llevarle un día a la realización de otra gran campaña en el vasto campo de las ciencias médicas, para librar a la humanidad de terribles epidemias, libertarla del flagelo exterminador de la fiebre amarilla, que significaba también, en un orden económico, abrir a la colonización y explotación progresiva las riquezas de América. Esa fué la tarea y esa la verdadera empresa libertaria que trajo a nuestras tierras la expedición de Finlay.

En nuestra Isla, como en todas las naciones americanas en formación, el estado sanitario se encontraba en los más bajos niveles y, por consiguiente, se elevaban en proporción inversa las altas cifras de la mortalidad. Entre los males que mayor preocupación proporcionaban a los médicos de Cuba estaba el cólera. Inútiles eran los esfuerzos de sus limitados recursos, el cólera morbo se burlaba de la ciencia médica de aquellos facultativos, y continuaba su obra devastadora segando vidas humanas en su siniestro paso.

En esta época es que llega Eduardo Finlay a la señorial ciudad de Puerto Príncipe, en 1831. Allí instala su hogar, con su esposa, Eliza Barres¹⁾ y su hijo Eduardo, y allí se dispone a

ejercer su profesión médica. Se prodiga en la asistencia de los enfermos de cólera, sin sufrir contagio alguno, como tampoco lo sufriera en la Isla de Trinidad, donde antes ejerciera su profesión y fundara un hospital para el tratamiento de éstas epidemias y otras enfermedades tropicales.

Hay que anotar que la especialización científica del doctor Eduardo Finlay era la Oftalmología, pero el destino sigue trazando rumbos y sedimentando la base de experimentación científica que habría de trasmitirse al hijo y culminar en él, al realizar uno de los grandes descubrimientos de la medicina humana.

NOTAS

- (1) Dice el Dr. Carlos E. Finlay en su libro **Carlos Finlay y la fiebre amarilla**: “En Cuba, este nombre de Eliza se considera generalmente como una abreviación de Elizabeth y se le denominaba, en español Isabel.”

